

cito secreto cuyos miembros, adictos hasta la muerte, estuviesen conjurados siempre bajo la voluntad del amo.

La Sociedad de Jesús era en su conjunto una escuela maravillosamente organizada para adiestrar todos los miembros en la parte de colaboración que se les pedía. Los candidatos no eran en seguida admitidos: primeramente habían de pasar por un período de prueba y de continuos exámenes morales antes de ser admitidos al noviciado, y dos años después entraban en la Sociedad, pero sin conocer todavía su funcionamiento: se hacían coadjutores, los unos en el orden espiritual para suministrar á la comunidad futuros profesores, dictadores ó confesores, según sus aptitudes presumidas y sobre todo según el juicio de los superiores; los otros en el orden secular, como sirvientes, cocineros, peones, intendentes, á veces hasta sin la autorización de aprender á leer ni escribir. Por lo demás, unos y otros habían sido igualmente sometidos á la obediencia perfecta, «como el bastón en la mano del amo», «como la osamenta bajo el pie del caminante», y esta obediencia no se les exigía solamente en las cosas de apariencia legítima ó natural, sino también en los casos que parecen contrarios al sentimiento, á la justicia y á la moral: lo que el superior manda, es decir, el papa, es decir, Dios, eso es lo normal, lo justo y lo bueno. Hasta sus movimientos estaban sujetos á reglas: la cabeza del jesuíta debe inclinarse ligeramente en la actitud que conviene á la humildad, y los ojos no deben mirar los ojos del interlocutor.

Admírase que una orden religiosa compuesta de un corto número de asociados — porque á la muerte de Loyola en 1556 apenas contaba la Compañía un millar de miembros — haya podido adquirir tan grande y duradera influencia sobre el gobierno del mundo; ello es debido á que ninguna sociedad presenta tanta cohesión á la vez que tanta diversidad en su textura tan perfectamente sólida y de tan maravillosa adaptación. Para todas las coyunturas, fáciles ó difíciles, tenía los hombres que necesitaba: abajo sicarios dispuestos á toda obediencia peligrosa, arriba hombres de Estado que formulaban tratados, preparaban matrimonios de príncipes, decidían de la paz ó de la guerra, y entre el general y el último de los coadjutores iletrados había toda la serie de instrumentos humanos, dispuestos á

servirse, según las circunstancias de las pasiones, de las voluntades ó de los vicios de sus contemporáneos.

Desde la constitución de su sociedad comprendieron los jesuítas el papel que ha quedado siendo el suyo, el de encarnar la educación clerical. En 1542 fundaron el colegio de Zaragoza, que no tardó en tener hasta veinticinco sucursales. Todos los países católicos reciben asimismo sus establecimientos de educación jesuítica desde mediados del siglo XVI. La Universidad de Ingolstadt, en Baviera, llegó á ser su centro de propaganda, después se apoderaron de la Universidad de Praga con sus enormes rentas y todos sus privilegios; obtuvieron del emperador una orden instituyendo el rector de su colegio, director perpetuo de toda la Universidad, «abrogando y anulando el derecho que otras personas pudieran pretender». La misma ordenanza sometía á la jurisdicción de los jesuítas «todos los colegios y escuelas del reino, tanto los establecidos como los que se establecieran en lo porvenir».

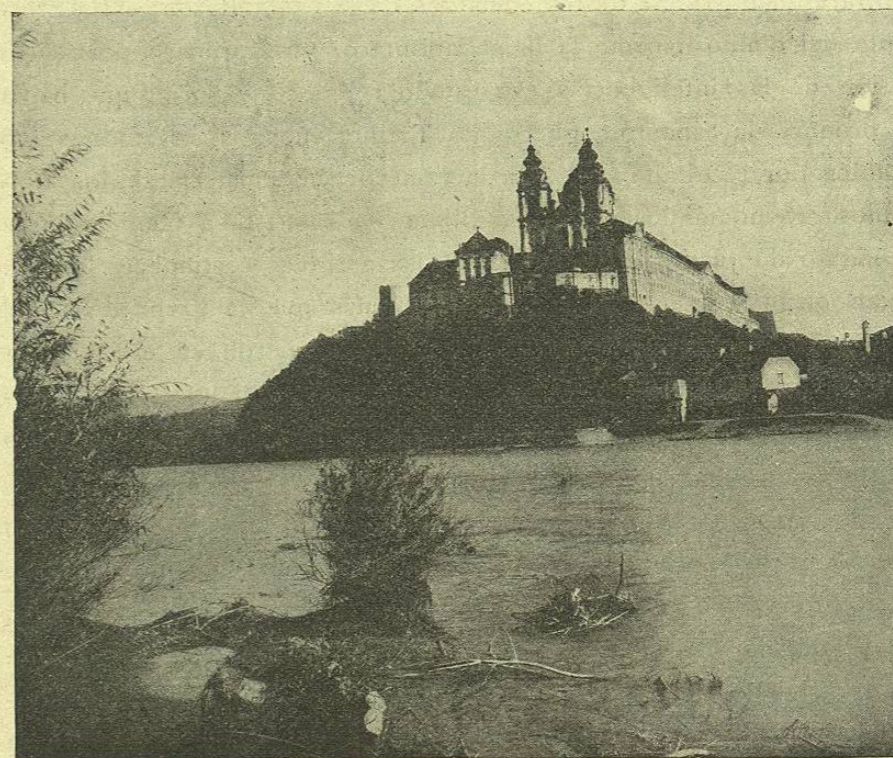
La enseñanza, cuyo monopolio trataban de conquistar y que, en efecto, lograban asegurarse en algunas comarcas, no podía diferir gran cosa de la que dieron los frailes en los siglos anteriores: los padres se distinguían solamente por el arte con que sabían adular las pasiones de sus alumnos, por su habilidad en conciliarse con ayuda de sus proyectos futuros el concurso de los poderosos, de los ricos y de los ambiciosos inteligentes, manteniéndoles respecto del dogma en una fe completamente irracional y, por lo tanto, inquebrantable: el estudio del latín, la memoria de los períodos retumbantes y de las palabras sonoras debían reemplazar á las investigaciones personales. Por una singular coincidencia, que prueba bien que en el fondo los competidores para la conquista del poder, los protestantes y los jesuítas, habían de recurrir á los mismos medios y no diferían entre sí tanto como lo hacía suponer el odio que mutuamente se profesaban, unos y otros procedían de la misma manera y seguían los mismos métodos de instrucción; los jesuítas con más gracia, gusto y habilidad, los protestantes con mayor seriedad y rigidez. Pero Aristóteles y los padres de la Iglesia eran también los genios inspiradores de uno y de otro culto. Habiéndose hecho protestantes por espíritu de conservación, por odio á la evolución que se había

realizado en el mundo religioso, Lutero y los otros supuestos «reformadores» de su tiempo eran también conservadores de las concepciones antiguas en el mundo de las ideas. Su objeto esencial era reaccionar, volver atrás, á la época en que los «Libros santos» no habían sido todavía interpretados por la evolución de la Iglesia contemporánea. Pero en cuanto á las cosas de la ciencia profana, los protestantes se atenían á la estricta observancia de las doctrinas adoptadas por la Sorbona: Aristóteles era sagrado para ellos, aunque en un grado menor que la Biblia; toda ciencia se suponía hallarse contenida en las obras profanas de la antigüedad, y en cuanto se había fijado rigurosamente el texto, no había más que inclinarse. Por lo mismo las ideas de Copérnico fueron muy mal acogidas en el mundo protestante, cuyas convicciones fijas sobre la autoridad divina absoluta se hallaban bien acomodadas al sistema geocéntrico del universo. Lutero se burla de Copérnico, y Melancton le combate con rudeza¹. Theodoro de Beze, el amigo y continuador fanático de Calvino, escribía á Ramus: «Los Ginebrinos han decretado una vez y para siempre que, ni en lógica ni en ninguna otra rama del saber, no se apartarían de los sentimientos de Aristóteles». Así también los estatutos de la Universidad de Oxford disponían que «todo bachiller y maestro de artes que no siguiera exactamente á Aristóteles pagaría una multa de 5 shillings por punto de divergencia»; y ese mismo reglamento hizo expulsar á Giordano Bruno de la Universidad inglesa donde se había retirado.

Cada uno por su parte, el protestantismo y el jesuitismo ejercieron la más nefasta influencia sobre la vida universitaria: mientras que las primeras universidades se habían constituido sobre el modelo de las ciudades libres, en comunidades autónomas, viviendo de su propia vida, sin ingerencia del Estado, y dejando á los estudiantes la iniciativa de las investigaciones independientes, luteranos, calvinistas y jesuitas, igualmente empeñados en la conquista del poder, únicamente se dirigían á transformar las escuelas en establecimientos de la Iglesia y del Estado, suministrándoles, bajo la vigilancia de una policía temible, el personal necesario de propagandistas y de servidores.

¹ S. Gunther, *Der Humanismus in seinem Einfluss auf die Entwicklung der Erdkunde*, «Geographen-Kongress zu Berlin», 1899.

Un escritor católico lo ha demostrado con superabundancia de textos y de documentos¹; Alemania estaba en plena vía de prosperidad intelectual durante el siglo que precedió á la Reforma, y ese último movimiento con la ayuda de su hermana enemiga, la orden de Jesús, tuvo por resultado pronto y decisivo contener todos los progresos. La reacción se produjo con análogo conjunto en los dos



C. J. Kuhn, edit.

COLEGIO DE LOS JESUITAS EN MELK, CERCA DE INGOISTADT, SOBRE EL DANUBIO

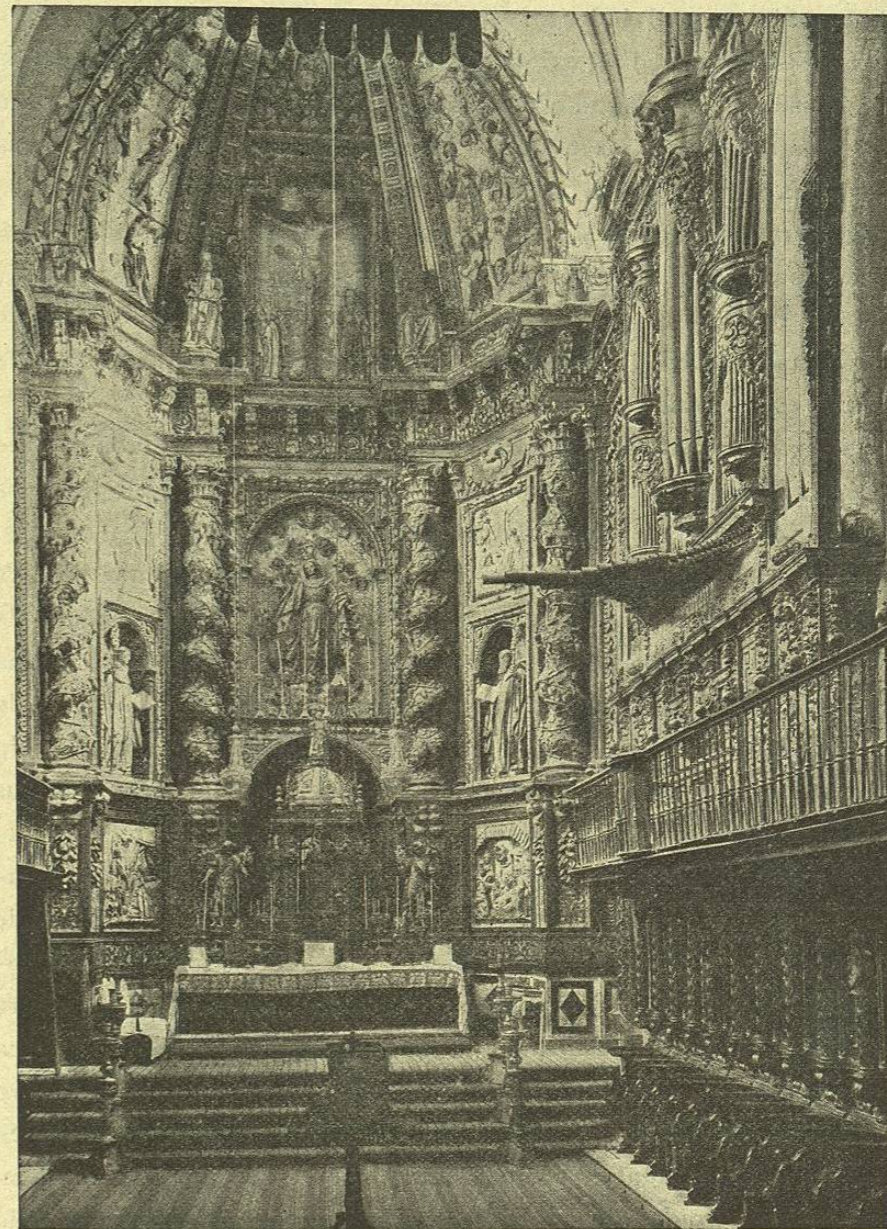
campos contra el espíritu de libertad que había dominado durante el Renacimiento. El pensamiento se había emancipado en el siglo xv, se había desprendido gradualmente de la sujeción intelectual ejercida por la Iglesia: se había hecho más humano, más interesado en los fenómenos de la vida, en la observación de la Naturaleza, en la investigación experimental de la felicidad terrestre, que en las especu-

¹ Johann Janssen, *Geschichte des deutschen Volkes, seit dem Ausgang des Mittelalters*.

laciones metafísicas y en la preparación mística de la salvación. El Renacimiento había desplazado el eje del pensamiento, retrayéndole de los misterios de la vida futura á los problemas de la vida presente, y de la historia estrecha del cristianismo á la del conjunto del mundo; pero la rebeldía de Lutero volvió violentamente la sociedad contemporánea á la fe del Cristo, y como resultado, los mismos católicos se convirtieron de nuevo; de una parte y de otra se encarnizaron contra el más temible de los enemigos de la fe, la Razón, esa «prostituta del diablo», como la llamaba Lutero, y se preparó por la sumisión de las inteligencias ese estado religioso y social que había de producir la espantosa guerra de Treinta años. La Reforma tuvo también por resultado ayudar á la domesticación material de los individuos. Remontándose hasta la Biblia, se remontaba también hasta el código de Justiniano, desechando las antiguas costumbres locales. Como el Imperio Romano no conoció más que la gran propiedad aristocrática y la esclavitud, los juristas no vieron en el modo de arrendamiento usual más que un simple contrato temporal, y no comprendieron que se pudiera arreglar la posición de los colonos respecto de sus señores de otro modo que considerándolos como esclavos.

Sin embargo, no hay revolución funesta ó útil en su conjunto que no se presente sin una mezcla de elementos buenos y malos. La Reforma tuvo influencias felices, aunque considerada en general, sea principalmente un fenómeno de reacción contra el pensamiento. En primer lugar, fué una rebeldía, y como tal fué forzosamente acompañada de nobles reivindicaciones y de altos ejemplos; además, la Reforma afirmó por sí misma y de una manera triunfante la libertad de examen: acerca de este punto tuvo una gran participación en la historia de los progresos humanos. Sin embargo, la Reforma se ingeniaba á la vez en dar y en retener. Proclamaba, es verdad, la libertad de examen, pero los audaces que se permitieron esa gran libertad de examinar las razones de la fe sin otra guía que su propia inteligencia, lo hicieron á sus riesgos y peligros, y esos riesgos se extendían desde la prisión hasta la muerte en el cadalso ó en la hoguera: los protestantes sabían manejar también el hacha y encender el fuego purificador. Verdad es que los frailes, los curas, los teólogos, hasta los simples letrados que tenían la Biblia en sus manos,

sobre todo el texto original, hebreo, caldeo, griego ó la edición latina, muy incorrecta, de la Vulgata, se atribuían atrevidamente el



BURGOS — CORO DE LA CATEDRAL

Cl. J. Kuhn, edit.

derecho de obedecer directamente á la palabra divina «escudriñando las Escrituras»; pero era necesario que esa operación de «escruti-

nio» les llevase á las mismas conclusiones que á sus antepasados en la investigación de la verdad, de lo contrario serían culpables de blasfemia, de pecado contra el Espíritu Santo, de abominación criminal punible en el infierno.

La Reforma pedía, exigía, el derecho de examen, pero exigía que el resultado fuese conforme á sus conclusiones; aportaba un poco más de razón, cuya razón quería imponer á todos, porque se decía y se creía ser la Razón definitiva, la Razón eterna¹. La Reforma no proclamó la libertad de opinión: fué solamente un período inicial en la historia de las luchas que libraron los rebeldes del pensamiento. Planteó la cuestión que, por otra parte, dista mucho de estar resuelta, porque todas las libertades son solidarias: ninguna libertad es garantida cuando no lo son todas á la vez.

Se pueden comparar también los protestantes y los jesuitas, representantes de las dos tendencias opuestas de la sociedad religiosa en el siglo XVI, por su actitud respecto del arte y de los artistas. La vuelta del protestantismo hacia la Biblia en su conjunto hubiera debido tener por consecuencia lógica la condenación absoluta de la pintura, la escultura y toda representación gráfica de esa forma humana que es al mismo tiempo la forma divina, la «imagen de Dios». Respecto de este punto, el cristianismo renovado hubiera debido ser tan intransigente como el Islam. Lo fué al menos en sus iglesias, que se edificaron desnudas y frías, sencillas paredes blanqueadas, ó que no se quiso recibir en herencia del catolicismo pagano sin haberlas limpiado cuidadosamente de todos los objetos de arte, cuadros, estatuas y bajo-relieves que recordaran las genuflexiones y las adoraciones anteriores, para que nada bello distrajera el pensamiento de la palabra rígida que descendía de la cátedra. La Reforma fué un movimiento de reacción contra el Renacimiento, pero un movimiento abortado, puesto que sólo se atrevió á medias. Si los terribles protestantes, como todavía existen algunos, vivían siempre bajo las miradas de su Dios, rechazando de su existencia todo lo que no les parecía la expresión directa de su voluntad, la gran masa de los religionarios debió arreglarse con el mundo exterior,

¹ Elie Reclus, *Notas manuscritas*.

aceptar los hechos consumados bajo el impulso irresistible de las conquistas humanas hechas fuera de la religión. La sociedad protestante estaba vencida de antemano como todo el cristianismo, puesto que se acomodaba con el arte y con la ciencia en la vida civil, y había de autorizar el estudio de la forma humana, hasta la disección de los órganos interiores. Si los templos llegaron á ser simples locales repugnantes á la vista porque estaban dispuestos sin gusto ni comodidad, había á lo menos artistas libres que vivían fuera de la comunidad y buscaban con toda independencia la belleza, asociándole á veces el estudio profundo de los caracteres.

En cuanto á los jesuitas, siempre amables y complacientes para facilitar la entrada en la Iglesia y como consecuencia en la Gloria, se guardaron bien de combatir el arte y hasta quisieron cultivarle. Claro es que con su sistema de educación, necesariamente habían de afear y pervertir todo lo que tocaban: el arte llamado «jesuita» revela el alma de los que hicieron edificar esas iglesias de anchas naves, cómodas, con buenos confesonarios, bien abrigadas, claras, pero sin que se sepa de dónde viene la luz, llenas de ecos sordos y discretos, que se confunden con un murmullo continuo, elegantemente decoradas de volutas, de mascarones y de relieves, que ocultan sus estatuas envolviéndolas entre telas adornadas de coronas, estrellas y nubes, que hacen brillar de lejos sus ricos altares dorados, festoneados, rodeados de guirnaldas y dominados por un frontón fastuoso sostenido por columnas retorcidas. Sobre todo los pilares, que reemplazan las fustas rectas y soberbias que en todo tiempo sostuvieron francamente el peso de los edificios, simbolizan el movimiento ondulante y flexible de esos directores de conciencia que conducen al cielo por la misma vía ancha y suave que, según las antiguas creencias, conducía al infierno.

Así como los jesuitas resultaban hasta cierto punto superiores á los protestantes por una comprensión mucho más amplia del corazón humano, puesto que, no queriendo descuidar ninguna de las fuerzas por las cuales se puede influir sobre los hombres, habían concedido un lugar al arte, así también habían sobrepujado á sus enemigos y rivales por su ardor en la propaganda. Habían comprendido que para conservar las ventajas del ataque, era preciso emprender